



DOSSIER **GRECIA**

Grecia: emergencia de una fuerza transformadora

Por **Martín Lafforgue**

El especialista en Grecia contemporánea analiza la trayectoria e historia de Syriza, los procesos, opciones y características del liderazgo que le permitieron posicionarse como principal protagonista de la vida política de su país –con Alexis Tsipras a la cabeza– y los desafíos que enfrenta luego de la victoria electoral en enero pasado.

Los resultados electorales de enero pasado en Grecia dieron la victoria a la Coalición de Izquierda Radical (Syriza), la que ubicó, por primera vez en décadas, a la izquierda en el gobierno de un país de la Unión Europea. Así como este país anticipó la crisis económica de Europa, que tendría sus capítulos siguientes en Irlanda, Portugal, España y Chipre, esta opción, entendemos, prefigura una recomposición de la izquierda en ese continente, capaz de abrir nuevos escenarios en el mismo y generar puentes con los actuales actores y procesos emancipadores de América Latina. La crisis económica y social en pleno curso torna muy volátil a la escena política y potencia la perspectiva de que fuerzas post neoliberales con una orientación democrática y progresista (Podemos, la izquierda republicana irlandesa o el Partido Progresista de los Trabajadores de Chipre) asuman posiciones de gobierno en el mediano plazo. En todo caso, Grecia pudo construir un actor político que ya es referencia en Europa y que merece una mirada atenta desde nuestra región.

¿Es Syriza una fuerza política nueva?

La respuesta es compleja.

Por un lado, es cierto que Syriza, en su actual forma y despliegue, es parte de una recomposición de la vida política helénica que tiene en sus orígenes la crisis de 2009, la aplicación de políticas neoliberales por sucesivos gobiernos en el periodo 2010-2014 y las respuestas sociales que

le siguieron. Por eso, Syriza recién se convierte en un protagonista de la vida política en las elecciones de mayo y junio de 2012 y conformándose como partido político hace apenas poco más de un año y medio (julio de 2013).

Por otro lado, su identidad y el núcleo duro de su dirigencia no se pueden entender sin una somera referencia a la dramática historia de la izquierda radical griega. Para conocer un suceso hay que situarlo en su trayectoria histórica. Permítasenos entonces una breve síntesis.

Como en otros países del sur de Europa, el Partido Comunista Griego (KKE) fue el eje de la resistencia contra la ocupación alemana —particularmente cruenta en Grecia— y emergió, en 1945, con una sólida base de apoyo popular. Pero, a diferencia de sus homólogos de Francia e Italia, no se integró al sistema político y disputó militarmente el poder en la cruenta guerra civil que tuvo lugar entre 1946-49. El apoyo masivo del Reino Unido y Estados Unidos a uno de los dos campos y, a la inversa, la reticencia soviética y yugoslava a apoyar a los comunistas griegos determinaron su derrota. En las dos décadas siguientes el KKE conservó un apoyo popular significativo en condiciones muy difíciles: proscripción y represión en un país considerado estratégico para Occidente, miembro de la OTAN y con fronteras con Albania, Bulgaria y Yugoslavia.

En 1968, el KKE sufrió su primera escisión importante: un grupo numeroso crítico del modelo soviético, identificado con el eurocomunismo y referenciado en el Partido Comunista Italiano, fundó el Partido Comunista del Interior, en oposición al histórico que denominarían Partido Comunista del Exterior (en una doble referencia a su orientación prosoviética y a que su dirigencia vivía en el exilio en países del Este). El teórico Nikos Poulantzas, un jalón ineludible del llamado “marxismo occidental” y uno de los pilares de la formación de los actuales cuadros de Syriza, fue parte de este agrupamiento. En 1991, nuevamente un número importante de dirigentes y activistas se aleja del Partido Comunista (KKE) en el que la caída del bloque socialista no había producido ningún tipo de reflexión o replanteo teórico. Estos dirigentes serían, con el tiempo, la “dirigencia histórica” de Syriza. Contaron además con el acompañamiento de buena parte de la organización juvenil comunista (KNE), en la que ya militaba un joven Alexis Tsipras. Los recientes salidos y los que provenían del KKE-interior confluían en Synapsismos (primero simplemente la Coalición y luego Coalición de la Izquierda, los Movimientos Sociales y los Ecologistas), una fuerza política cuyo peso



electoral modesto –osciló en torno al 3-4%, concentrado en los grandes núcleos urbanos y en votantes provenientes del mundo académico, intelectual y cultural– no da cuenta de su gravitación política, social y cultural. Synapsismos será el principal componente de la coalición Syriza (Coalición de Izquierda Radical) que nace en 2004 y que integra a una docena de grupos de proveniencia diversa (ecologismo radical, diversas familias de la tradición marxista, etc.) y que en 2013 toma su actual forma de partido.

La emergencia del actual Syriza, de partido de minoría intensa a partido de poder, se explica por la confluencia de tres procesos convergentes: 1) las grandes protestas sociales de 2010-2012; 2) su capacidad para establecer vasos comunicantes con los votantes del Pasok (Movimiento Socialista Panhelénico); y 3) la consolidación de un liderazgo creativo, capaz de procesar, organizar y conducir las múltiples demandas de la sociedad y las tensiones al interior de la propia fuerza.

2010-2013: Syriza, del testimonio a la vocación de poder

La emergencia del actual Syriza –digámoslo así: de partido de minoría intensa a partido de poder– se explica por la confluencia de tres procesos convergentes que le dan su actual forma: 1) las grandes protestas sociales de 2010-2012; 2) su capacidad para establecer vasos comunicantes con los votantes del Pasok (Movimiento Socialista Panhelénico), la fuerza tradicionalmente mayoritaria entre asalariados y sectores populares y las nuevas generaciones sin identidades políticas consolidadas ni trayectorias previas; y 3) la consolidación de un liderazgo creativo, capaz de procesar, organizar y conducir las múltiples demandas de la sociedad y las tensiones al interior de la propia fuerza.

1) Ciertamente, no es casual que fuerzas transformadoras tengan sus mejores resultados en los dos países en

que las movilizaciones sociales contra la austeridad y las políticas neoliberales desplegaron mayor vitalidad: España y Grecia. En este último país, la implementación de medidas de austeridad fue contestada con enormes movilizaciones, huelgas y otras formas de resistencia social. A decir verdad, ya previamente, en diciembre de 2008, tras el



asesinato del estudiante Alexis Grigoropoulos por parte de un policía, el país vivió la mayor ola de movilizaciones estudiantiles y juveniles desde la caída de la dictadura de los coroneles (1967-74). Esta experiencia, que si bien sorprendió fue subestimada por las fuerzas políticas (con la excepción de Syriza), ya daba cuenta de un extendido malestar juvenil. La asunción del socialista Giorgos Papandreou en octubre de 2009 y su puesta en marcha de planes sucesivos de austeridad –en abierta contradicción con su programa– generó una dinámica de protesta social que marcó el punto más alto de resistencia a la Europa neoliberal. Nos limitamos a señalar dos momentos claves. El primer momento es el de las grandes asambleas y convocatorias de los Aganakstimenoi (Indignados) a mediados 2011 que empujan a miles de personas, pero particularmente a los jóvenes, a la participación en la vida pública. El segundo es en octubre de 2011, cuando a la huelga de 48 horas –los días 19 y 20– en la que se plegaron sectores hasta entonces reacios (pequeños comerciantes, empresarios) y que fue acompañada por movilizaciones de 500.000 personas le siguieron las protestas con motivo del “Día del No” (fecha en que se conmemora la negativa griega al pedido de Mussolini de que tropas italianas pasaran por Grecia en 1940), que fue resignificado como un “No a la troika UE-FMI-BCE”, obligando a la suspensión de los tradicionales desfiles militares. Pocos días después, para descomprimir una situación social y política insostenible, el primer ministro Giorgos Papandreou esboza la idea de un referéndum –nunca se pudo siquiera conocer si sería sobre los planes de austeridad, la permanencia en la UE o la eurozona– lo que le valió el veto de los poderes fácticos griegos y europeos y, finalmente, su renuncia y reemplazo por un tecnócrata del mundo de las finanzas. En todo caso, la protesta social pudo dar el salto de la instancia de crítica y resistencia (2010-2011) a la de construcción de una visión y una alternativa política (2012). Syriza, que fue la única fuerza de alcance nacional y con representación parlamentaria que acompañó y participó de todas estas protestas en las elecciones de 2012, pudo capitalizarla y convertirse en la primera fuerza política entre los más jóvenes (18-35 años), los estudiantes, los trabajadores ocupados y desocupados, tanto públicos como privados, y en las grandes ciudades (en contraposición a los dos partidos tradicionales que retienen su fuerza entre los grupos de mayor edad, las amas de casa, los jubilados y los pobladores del sector rural).



2) ¿Es Syriza el nuevo Pasok? La prensa griega ha utilizado este argumento vinculando a Syriza con el Pasok (Movimiento Socialista Panhelénico) histórico de los años 80. Esta fuerza política, fundada tras la caída de la dictadura de los coroneles y que accede al poder en 1981 bajo el liderazgo carismático de Andreas Papandreou (padre de Giorgos) fue la que posicionó a la cuestión social por primera vez en la agenda pública griega. Demonizada por el *mainstream* que la hace responsable de la actual crisis, asociándola al estatismo, al despilfarro fiscal, al populismo, al clientelismo y a una política exterior “aislacionista” –rechazaba la incorporación a la Comunidad Económica Europea y era contraria a la participación en la OTAN–, en su periodo histórico de auge fue la que amplió los derechos políticos (definitiva reincorporación de la izquierda a la vida pública), los derechos sociales e implementó medidas diversas de cambio cultural en un país gobernado durante varias décadas, casi sin interrupciones, por la derecha. Caracterizada usualmente como socialdemócrata, en sus primeros años de vida presentaba elementos que la asimilaban más a una formación populista latinoamericana (el peso del liderazgo, la retórica nacionalista, la apelación a un sujeto nacional-popular plural) que a los socialismos tradicionales de Europa occidental. Hay que recordar que en 2009, Giorgos Papandreou ganó las elecciones apelando a un estado activo, una agenda social y al peso emotivo de su apellido, respaldado en la vieja guardia partidaria y los sindicatos y enfrentado al grupo de los “modernizadores” (cercanos a la Tercera Vía) que habían tomado las riendas partidarias en los 90.

Lo que los estudios electorales muestran es que, efectivamente, la mayor parte de los votantes de Syriza provienen de esta fuerza política. Los números son bastante ilustrativos: mientras que el Pasok desde 1981 a 2009 osciló entre del 38% y 50% y tras la aplicación de la política de austeridad entró en un proceso de declive en el que sólo conserva el 5%, Syriza, que en su mejor elección previa a 2012 había obtenido el 5%, consolidó un piso del 25% en 2012 y superó el 35% en 2015. El aporte socialista a Syriza es el de un voto de composición netamente popular: trabajadores y clase media (pequeños comerciantes y empleados públicos son dos de los pilares de la estructura social helénica). Un fenómeno similar al que se puede observar con Podemos en España: tracciona sobre todo tradicionales votantes socialistas y a los jóvenes.

En este sentido, efectivamente, Syriza recogió más implícita que explícitamente muchas de las tradiciones y narrativas socialistas (la defensa del



estado de bienestar y la soberanía nacional, el antiimperialismo, el rechazo a una Europa “a cualquier costo”, la construcción e interpelación dicotómica populista) y pudo así establecer vasos comunicantes que permiten esa transfusión de votos. Al mismo tiempo, desde 2010, activistas y dirigentes del Pasok –no en forma masiva, pero sí con figuras altamente simbólicas– se incorporaron a Syriza, como la muy popular ex campeona olímpica y actual eurodiputada Sofía Sakorafa y al laboralista y diputado Alexis Mitropoulos, histórico abogado y voz pública de los sindicatos socialistas.

3) A lo largo de todo este proceso, la dirigencia de Syriza ha seguido apostando a la formación de una fuerza política, de un partido. No obstante las recomendaciones y sofisticados cantos de sirena de intelectuales europeos, como Toni Negri, John Holloway o Alan Badiou, en el sentido del agotamiento o los limitantes de esta forma de organización política, la izquierda y los activistas sociales griegos apostaron por ella. Al mismo tiempo, la experiencia previa como coalición le ha permitido desarrollar una gran gimnasia de compromiso y negociación entre posiciones y sectores; esto le dio una capacidad instalada preparada para procesar y contener al aluvión de nuevos afiliados (entre 2011 y 2014 se pasó aproximadamente de 15.000 a 35.000) con militancias anteriores

tan diversas como los movimiento sociales, la socialdemocracia, la izquierda extraparlamentaria o, en su gran mayoría, aquellos que ingresan por primera vez a una organización política. Al mismo tiempo, esta flexibilidad se combinó con una gran intransigencia frente a las presiones del *mainstream*, en particular, de los medios, e incluso de grupos internos que, en nombre del realismo y la responsabilidad, buscaban que moderara su rechazo frontal a los diferentes planes de austeridad y las políticas neoliberales y cesara el acompañamiento a las diversas

Syriza ha demostrado una gran intransigencia frente a las presiones del mainstream, en particular, de los medios, e incluso de grupos internos que, en nombre del realismo y la responsabilidad, buscaban que moderara su rechazo frontal a los diferentes planes de austeridad y las políticas neoliberales y cesara el acompañamiento a las diversas protestas sociales. A la larga, esta posición contra viento y marea fue su gran capital político.



protestas sociales. A la larga, esta posición contra viento y marea fue su gran capital político. Tampoco cedió a las presiones en posiciones que, según las encuestas, eran impopulares, como su posicionamiento frente a la inmigración. El proceso no fue sencillo y hubo bajas en el camino.

Este proceso fue conducido por un liderazgo que supo crecer al calor de las exigencias que la dinámica social y política le imponía. Alexis Tsipras (41 años), que había asumido la conducción de Synapsismos y Syriza en 2009, pudo también negociar, al interior, un equilibrio no sólo entre las fracciones y posiciones políticas sino también entre los cuadros provenientes de la llamada generación del Politécnico (la generación del 70, los históricos de la fuerza) y la nueva camada de dirigentes

jóvenes que lo acompañan y forman su círculo íntimo. Este grupo, radical pero menos atado a las formas organizativas y discursivas de la izquierda tradicional, ha podido generar también candidatos muy competitivos en la arena electoral como Rena Dourou (40 años), que ganó en mayo de 2014 el gobierno de la región del Ática (que incluye a Atenas y sus suburbios, donde reside el 40% de los griegos) y Gabriel Sakellaridis (36 años), un economista prácticamente desconocido hasta ese momento que estuvo a punto de convertirse en alcalde de Atenas en mayo de 2014 y hoy es el vocero oficial.

La experiencia latinoamericana sugiere que la combinación de un acentuado pragmatismo en el orden táctico y un horizonte estratégico cimentado en principios muy fuertes es un punto de partida. Los primeros pasos del gobierno apuntan a que esa misma combinación ha sido puesta en práctica. El apoyo a Syriza es hoy abrumador y el clima social de escepticismo y frustración ha sido revertido.

Los desafíos

En 2012, un alto dirigente de Syriza, poco después de la elección en la que obtuvieran el segundo puesto, nos advertía que veían tres grandes acechanzas inmediatas: la corrupción y captación de sus dirigentes por el *establishment*; la promoción de divisiones

y rupturas al interior de la fuerza; y la presión para que fuesen “realistas” y asumieran –con matices y alguna disidencia parcial– la agenda neoliberal. Esta primera serie de peligros, entre 2012-15, Syriza los sorteó exitosamente. Pero, ahora en el gobierno, deberá resolver problemas más complejos. La resolución de las negociaciones con la Unión



Europea y la troika –aún en curso– es apenas un primer paso (aunque un paso determinante y que permitirá u obstruirá cualquiera posterior). Grecia es un país sin petróleo ni gas, con una estructura industrial y una agricultura destrozadas tras años de aplicación de las políticas librecambistas emanadas de la Unión Europea, con una pérdida de competitividad por la sobrevaluación de la moneda europea y por la ausencia de políticas productivas y, finalmente, desde 2010, por la aplicación del régimen de economía política de la austeridad. La caída del PBI en estos últimos años se sitúa en torno al 25%, la desocupación alcanza el 27% y la deuda externa sigue siendo insostenible (175% sobre el PBI). El cuadro social es dramático. Al interior de la fuerza, aún con su impresionante crecimiento, su implantación territorial es despareja (es muy bajo el número de intendencias que posee) y no ha podido “traducir” su peso electoral entre, por ejemplo, estudiantes y trabajadores al interior de federaciones y sindicatos. Carece de cuadros con experiencia de gestión, en un entorno estatal desarticulado. El desajuste entre los tiempos y modalidades de conducción, sumado a una situación política muy dinámica y a las prácticas deliberativas, generará tensiones; de hecho, ya produjo las primeras rispideces con los movimientos sociales y sectores internos. Al mismo tiempo, Grecia cuenta con activos importantes. Es un país con una historia muy larga y densa, de alcance universal, que ha resistido y se ha sobrepuesto a caídas, desastres y ocupaciones. Cuenta con una población joven altamente preparada, buena infraestructura, alto potencial agrícola y en servicios, un movimiento popular activo y una fuerza política transformadora organizada y con base electoral en un contexto regional e internacional en el que las potencias tradicionales pierden espacio y lo ganan nuevos actores, abriendo escenarios hasta hace poco impensables. La experiencia latinoamericana sugiere que la combinación de un acentuado pragmatismo en el orden táctico y un horizonte estratégico cimentado en principios muy fuertes es un punto de partida. Los primeros pasos del gobierno indican que esa misma combinación ha sido puesta en práctica. El apoyo a Syriza es hoy abrumador y el clima social de escepticismo y frustración ha sido revertido. Razones para el optimismo no faltan. ●

